

ALFREDO SILVA, M. A.

*Catedrático de Educación, Universidad
de Puerto Rico.*

¿FUÉ FREUD EL DARWIN DE LA PSICOPATOLOGÍA?

JONES, ERNEST. *The Life and Work of Sigmund Freud. Vol. I: The Formative Years and the Great Discoveries, 1856-1900.* New York: Basic Books, Inc. Publishers, c1953.

INTROITO

Apareció el año próximo pasado el primero de una biografía de Freud en tres volúmenes cuyo título hemos copiado bajo el encabezamiento de este artículo. Es probable que ésta sea la biografía más completa, la más detallada de cuantas se han publicado sobre el genial psicoanalista. Resumiremos lo más brevemente posible el período biográfico entre el 1856 y 1900 que cubre el volumen y luego intentaremos emitir un juicio sobre la biografía y otro sobre la contribución de Freud a la psicología y la psicopatología.

Somos los primeros en reconocer nuestras limitaciones para emprender semejante tarea. No somos profreudianos ni antifreudianos. Adoptamos una actitud objetivamente crítica hacia

las teorías del insigne psicoanalista. Nuestra modesta cultura en los campos de la psicología anormal, psicología general, psicología pedagógica y psicología del niño probablemente nos ha habilitado para ser antifreudianos. Repito que no lo somos y lo demostraremos. Reconocemos la estupenda contribución de Freud a la psicopatología y a la psicología de los procesos inconscientes. Si no fuera por Freud y sus seguidores, ¿tendríamos acaso en la hora de ahora hipótesis y teorías en proceso de confirmarse y numerosos hechos sustentadores de la dinámica de los sueños, los ensueños, los olvidos, los actos fallidos, el sonambulismo, el hipnotismo, las neurosis y demás manifestaciones de la conducta inconsciente? Nos hemos decidido a emprender la tarea glosadora y justipreciadora debido a la petición del dilecto amigo y Director de PEDAGOGÍA, el Dr. Efraín Sánchez Hidalgo.

EL AUTOR DE LA BIOGRAFÍA

El autor lo es el Dr. Ernest Jones, insigne psicoanalista inglés de fama internacional. Es autor de unas doce obras, unas en inglés, en alemán otras, todas sobre temas psicoanalíticos. Entre ellas, una en dos volúmenes en colaboración con el prominente psicólogo inglés, Dr. Cyril Burt: *How the Mind Works*, y otra en cinco volúmenes: *Papers on Psychoanalysis*. Preside permanentemente la Asociación Psicoanalítica Internacional y es fundador y editor de la *Revista Internacional de Psicoanálisis*. Freud consideraba a Jones el líder entre los analistas de habla inglesa y estimaba sus conocimientos entre los primeros de todos los representantes del psicoanálisis. Las relaciones amistosas y profesionales con Freud fueron estrechas y prolongadas.

ANTICIPO

La lectura de los títulos de los diecisiete capítulos con los períodos históricos a los cuales se refieren le ofrecerán al lector un panorama a vista de pájaro de la vida del biografiado.

Los años entre paréntesis serían los hitos señeros en el transcurso del tiempo. He aquí una vista calidoscópica del recorrido de un caminante: Orígenes (1853-1860), Niñez y adolescencia (1860-1873), Escoge su profesión (1873), El estudiante de Medicina (1873-1881), Carrera médica (1882-1885), El episodio de la cocaína (1884-1887). Noviazgo (1882-1886), Casamiento (1886), Vida personal (1880-1890), El neurólogo (1883-1897), El período con Breuer (1882-1894), Primera psicopatología (1890-1897), El período con Fliess (1887-1902), Autoanálisis (1897-), Vida personal (1890-1900), La interpretación de los sueños (1895-1899), Teoría de Freud sobre la mente (1900).

El libro, encuadernado en tela, está nítidamente impreso, y el número de erratas es exiguo. Contiene, además del prefacio acostumbrado, un índice de títulos cortos de libros donde aparecen las dieciocho fuentes que fueron consultadas con sus correspondientes abreviaturas, las cuales se usan en una sección que sigue inmediatamente titulada "Notas sobre las referencias". Contiene además un índice general, con algunas erratas imperdonables, y una tabla, guía de doce ilustraciones; cinco retratos de Freud a distintas edades, en algunos acompañado de su esposa Marta o de su hija Ana, una del ilustre Charcot en su clínica, otra de Breuer; y, por último, una fotocopia de la carta en que declaraba su amor a la que habría de ser y luego fué su adorada novia y muy amada esposa Marta Bernays.

BIOGRAFÍA SINTÉTICA GLOSADA

Nació Segismundo Freud en Freiberg, hoy llamada Příbor, Moravia, provincia de Checoeslovaquia, el 6 de mayo de 1856. La mayor parte de su vida la pasó en Viena, Austria. Murió en Londres el 23 de septiembre de 1939 a la edad de 83 años. Su padre Jacobo Freud, de origen israelita y traficante en lana, de su primer matrimonio le dió dos hermanos: Emanuel y Felipe. En sus segundas nupcias con Amalia Nathansohn, de menos de veinte abriles y frisando Jacobo en los cuarenta, se procreó el primer hijo, Segismundo, dos hijos más y cinco hijas, a

saber: Julio, fallecido a los ocho meses, Ana, Rosa, María, Adolfinia, Paula y Alejandro. Excepto, por supuesto, Julio, todos se casaron y constituyeron con los nietos y bisnietos una familia numerosa.

La madre de Freud sustentaba alguna creencia en Dios. Su padre Jacobo se educó como un judío ortodoxo y, por consiguiente, Segismundo estaba familiarizado con los festivales y las costumbres de origen hebreo. Sin embargo, Segismundo fué víctima de una institutriz llamada Nannie, quien, aunque afectuosa, capacitada y eficiente, era muy severa contra los transgresores de su ética, incluyendo al niño Freud, a la sazón entre los dos y tres años. Nannie era católica y llevaba a Segismundo a los servicios religiosos. Le inculcó las ideas del cielo y del infierno y probablemente los conceptos de salvación y resurrección. Cuenta Jones que a su regreso de la iglesia el psicoanalista en ciernes predicaba un sermón y exponía las hazañas de Dios, claro indicio de su precocidad. Algún tiempo después Nannie fue despedida del hogar de los Freud presuntivamente por sospechas de hurto. “Quizás su influencia terrorífica contribuyó a su [de Freud] ulterior aversión hacia las creencias y ceremonias cristianas. . . . Cuando Freud hablaba de haber sido grandemente influído por su lectura de la Biblia a edad temprana sólo pudo haber significado en un sentido ético además de su interés histórico. Él creció horro de cualquier creencia en Dios o la inmortalidad, y parece no haber necesitado de ella en ocasión alguna”, afirma textualmente su biógrafo. Más adelante nos dice que Freud siempre fué un ateo no arrepentido y un opositor de la doctrina del libre albedrío. No extrañe al lector que no pocos intelectuales católicos —el biólogo español P. Laburu, por ejemplo— combatan a Freud y hasta le echen en cara el haber substituído en sus teorías el concepto *lo inconsciente* por el de alma. Aunque también es verdad que no son raros los intelectuales católicos que no sólo sustentan las teorías psicoanalíticas, sino que practican el psicoanálisis a la manera de Freud.

En algunas de sus obras nos ha repetido que los cimientos del carácter del niño ya se han echado para los tres años. Una

experiencia en su vida, por lo menos, debió haber influido en su manera de pensar. Tenía Segismundo diecinueve meses y su hermanito Julio solamente ocho meses cuando falleció éste. Antes del advenimiento de Julio, Segismundo imperaba prepotente sobre las golosinas, los afectos y la falda maternas. Nacido Julio, su hermano tuvo que aprender en la escuela exigente de la experiencia lo que es sentir celos intensos hacia un hermano menor. En carta a su amigo Fliess en 1897, contábale Freud los malos deseos que había experimentado hacia su contrincante, y que la realización de tales deseos al ocurrir la muerte de Julio le habían provocado sentimientos de reproche hacia sí mismo que le habían perdurado por siempre en su vida.

A la edad de nueve años aprobó Freud un examen que le autorizó a ingresar en un gimnasio *Sperl*, equivalente a nuestra escuela superior o al instituto español de segunda enseñanza, otro indicio de su alta capacidad intelectual. No obstante tener un año menos de la edad requerida para ingresar, durante seis de los ocho años se conservó a la cabeza de su clase. A los dieciséis se graduó con la distinción *summa cum laude*.

Cuando llegó el momento de hacerlo, su padre insistió en que Freud siguiera las propias inclinaciones al escoger carrera. “Ni en aquel tiempo, ni en mi vida posterior, sentí particular predilección por la carrera médica”, cita directamente Jones de una de las obras de Freud. Un amigo mayor le estimuló el deseo pasajero de hacerse abogado. Sin embargo, fueron las teorías de Darwin, a la sazón en su apogeo, y haber oído Freud la lectura del bello ensayo de Goethe sobre la naturaleza, de labios del profesor Carl Brühl, lo que indujeronle a abrazar la vocación de Hipócrates.

A la edad de diecisiete años, en el otoño de 1873, ingresaba Freud en la Universidad de Viena. Su título de doctor en medicina tiene fecha del 31 de marzo de 1881. Tuvo como maestros catedráticos de la categoría de Carl Claus en zoología, Brentano en filosofía aristotélica, el admirado Brücke y sus ayudantes Exner y von Fleischl-Marxow en fisiología, a Stricker y otros. El alemán Helmholtz, físico y fisiólogo, y una de las

inteligencias privilegiadas del siglo, si bien no fué su maestro, considerábalo Freud uno de sus ídolos. En marzo del 1876 Carl Claus, Jefe del Instituto de Anatomía Comparada, concede a Freud una especie de beca para que se dedicara durante dos períodos al año a hacer estudios e investigaciones en la Estación Experimental Zoológica de Trieste, una de las primeras en su clase del mundo. A la sazón Freud contaba veinte años. El problema asignádole para investigación fué uno que había permanecido una incógnita desde los días de Aristóteles: ¿cómo es la estructura testicular de las anguilas? Para el 1874 Syrski en Trieste había descubierto un pequeño órgano lobulado y estimaba que éste constituía las gonadas de la anguila. Freud se propuso confirmar o negar la hipótesis de Syrski. Disecó unas cuatrocientas anguilas y halló el órgano en muchas. Examinó bajo el microscopio las estructuras histológicas y llegó a la conclusión que bien pudieran ser tejidos testiculares inmaduros. Claus presentó la disertación ante la Academia de Ciencias y luego fue publicada en el *Boletín*. Dicha investigación constituyó la primera de una serie que corroboraron la hipótesis de Syrski. También constituyó el primer triunfo de Freud como investigador científico.

En el otoño de 1876, a los veinte años de edad, fue aceptado por el Instituto de Fisiología, en su capacidad de investigador. En la investigación fisiológica resultó un fracaso. En la primavera de 1885 se nombró a Freud conferenciante de neuropatología en la Universidad de Viena tras una recomendación del profesor Brücke, ya mencionado. En su carta de recomendación, luego de mencionar las investigaciones efectuadas por Freud y su resumen brillante en “Estructura de los Elementos del Sistema Nervioso”, Brücke lo describía en parte así: “El Dr. Freud es un hombre de una buena educación general, de carácter quieto y serio, un trabajador excelente en el campo de la neuroanatomía, de fina destreza, clara visión, cultura comprensiva, y un método cauteloso de deducción. con el don de una expresión escrita bien organizada, etc.” La facultad aceptó la recomendación inmediatamente con una votación de 21 a 1. Tres meses después pasaba el examen con resultados notables ante un tri-

bunal presidido por celebridades del prestigio de Brücke y el psiquiatra Meynert.

Al noviazgo y casamiento de Freud dedica Jones dos capítulos. ¡Qué intenso y puro y noble y leal fué el amor de Freud hacia su Marta! Confío que algún día se incluirán entre los amores célebres de la historia los del famoso psicoanalista hacia su idolatrada Marta. La juventud debiera leer la obra que glosamos, particularmente los capítulos VII y VIII, como ejemplo de una vida que, dedicada al trabajo, a la ciencia y al amor, muerde el polvo de la derrota y apura la cicuta del dolor para luego ceñirse los laureles del triunfo. ¡Qué estilo epistolar más digno de figurar en un verdadero epitome de correspondencia amorosa! ¡Lástima grande que muriera horro de un ideal religioso!

Por fin en el 1886, tras innumerables dificultades, logra Freud realizar su acariciado ideal de contraer nupcias con Marta. Procrearon seis hijos: tres varones y tres hembras. Matilde, la mayor, se le nombró así en recuerdo de la esposa de quien por un largo período fue su íntimo amigo y consejero, el Dr. Breuer; Juan Martín recibió su nombre en homenaje al admirado psiquiatra francés Charcot; Oliverio en honor de Cromwell; y Ernesto en honor de su admirado maestro Brücke. Y la menor Ana, la única que siguió la tradición paternal haciéndose psicoanalista especializada en niños y erudita escritora de libros sobre la materia, fué designada con ese nombre a imitación del de una hija de un viejo maestro de Freud que siempre le había expresado afecto sincero. Freud fué todo un padre amoroso e indulgente, “como era de esperarse de sus principios generales”.

En las páginas 219 y 220 Jones resume la labor de Freud en sus “sobresalientes descubrimientos y conclusiones alcanzados tras sus prolongadas investigaciones del sistema nervioso”. Luego de sintetizar sus descubrimientos en el sistema nervioso de ciertos peces, nos dice que Freud demostró que los cilindroejos (las ramas de las neuronas sin el cuerpo celular) son de estructura fibrilosa. Fué el primero en reconocer que las fibras nerviosas se originan de una substancia reticular en la célula

nerviosa. Ante la Sociedad Psiquiátrica de Viena dictó una conferencia donde reveló en esencia la teoría de la neurona: concibió que la célula nerviosa y las fibrillas constituyen una unidad morfológica y fisiológica. Vale la pena que se divulgue la cita de Freud que transcribe Jones: "Si presumimos que las fibrillas del nervio tienen la función de vías aisladas de conducción, entonces tendríamos que decir que *las vías que en el nervio están separadas son confluentes en la célula nerviosa*: entonces la célula nerviosa constituye el comienzo de todas aquellas fibras nerviosas que están con dicha célula". Mientras los honores sobre la concepción de la teoría de la neurona se otorgan merecidamente a Guillermo His, Augusto Forel, Ramón y Cajal y Waldeyer, al autor de *Totem y Tabú* no se le concede la parte proporcional que le corresponde.

Freud también hizo un estudio de la cocaína y previó que a sus propiedades anestésicas oportunamente se les daría uso clínico, aunque acarició más esperanzas en relación con la droga que las que se han comprobado hasta ahora. Fué Freud la primera autoridad de su tiempo en materia de parálisis cerebrales infantiles, según lo reconocieron Pedro Marie, a la sazón el primer neurólogo de Francia y sucesor de Charcot, y el neurólogo suizo Brun. Cuando Nothnagel planeó su gran enciclopedia médica, encargó a Freud la redacción del artículo sobre parálisis cerebrales infantiles. La monografía de 327 páginas le hizo decir a Brun que "este soberbio logro nada más sería suficiente para asegurar al nombre de Freud un sitio permanente en la neurología clínica".

Escribió su primer libro sobre la *Afasia* en 1891. En él destruyó la doctrina de la localización que a la sazón prevalecía y la substituyó por una explicación funcional de importantes consecuencias para la teoría general de la actividad cerebral.

Los hechos hasta ahora demuestran que "Freud fué un buen clínico, un histólogo de destreza superior y un pensador. Sus incursiones en la fisiología experimental resultaron fracasos conspicuos". Jones lo ficha de neurólogo de primera clase, muy trabajador y pensador cuidadoso, pero "salvo su libro sobre la

afasia, nada anticipa la existencia de un genio". Aunque ni su monumental obra sobre las parálisis cerebrales infantiles induce a su amigo y biógrafo a considerarlo un genio, con lo dicho basta para probar que al momento de enfrentarse a los problemas de las neurosis y de lo inconsciente Freud era una celebridad reconocida en el campo de la neurología. Resumamos ahora lo que hizo en la creación del psicoanálisis y en el campo de la psicopatología durante el período 1889-897.

Freud comenzó a usar la terapia hipnótica sistemáticamente a fines del 1887, luego de tratar a sus pacientes por uno o dos años con las acostumbradas terapias del descanso, el masaje, la hidroterapia y la estimulación eléctrica. Comenzó a usar el método catártico de Breur a mediados del 1889 al sentirse disgustado con el aspecto puramente sugestivo del hipnotismo. Para el otoño de 1892 empezó a eliminar el uso de la hipnosis substituyéndolo con la "técnica de la concentración", la cual complementaba con presión sobre la frente. Con dicha técnica intentaba Freud hacer recordar ("resucitar") experiencias pasadas, analizando en detalle las asociaciones que hacía el paciente con sus síntomas. Para el 1896 descartó totalmente la hipnoterapia y comenzó a usar el término "psicoanálisis". El vocablo apareció por primera vez en un artículo en francés el 30 de marzo de 1896. Una razón para cesar en el uso de la terapia hipnótica fué que bajo la sugestión hipnótica desaparecían los síntomas para aparecer luego en otra forma.

Eliminada la hipnoterapia, cuyo origen arranca de su visita a Charcot en París y a Bernheim en Nancy, Freud adopta un método pasivo ante sus pacientes neuróticos. Ahora se limita a llamar la atención del paciente a relaciones que pasaban inadvertidas para éste. También observaba la naturaleza de la "resistencia" de los pacientes a desenterrar de lo inconsciente (recordar) las experiencias olvidadas. Jones dice que ahora Freud ha "forjado un instrumento —el psicoanálisis— que podía penetrar las capas inconscientes de la mente".

En el 1892 expuso la sintomatología y etiología de dos neurosis físicas: la neurastenia y la neurosis de ansiedad o an-

gustia. Sus conclusiones las publicó en el 1892. Para Freud la neurastenia estaba asociada a una "forma inadecuada de descarga sexual, particularmente la masturbación; la neurosis de ansiedad la relacionaba con una excesiva excitación sexual cuyos efectos se había evitado que entraran en la conciencia. En el caso de la neurosis de ansiedad estimaba que la energía sexual se transforma en ansiedad mórbida".

En el campo de las psiconeurosis, Freud se inicia con el conocimiento de las aportaciones que Breuer y Charcot habían logrado. El hincapié que hacía Charcot en el concepto estático de traumatismo para explicar las psiconeurosis como que obnubilaba el juicio de Freud para poder captar los factores etiológicos dinámicos que promovían aquéllas. La concepción de Freud, subrayando los estados hipnoides en las psiconeurosis, dilataron su descubrimiento de los mecanismos de defensa. Sus primeras observaciones sobre la "resistencia" ocurrieron en el 1890 y sobre la "transferencia" en 1892. Estimaba Freud que la resistencia y la transferencia constituían el sello de pureza o garantía ("hallmark") del psicoanálisis. A juicio de Jones la contribución más original e importante de Freud al psicoanálisis fué su descubrimiento en 1894 de que las psiconeurosis tienen por etiología la intolerancia de recuerdos sobre experiencias sexuales ocurridas durante la niñez. Sentada esta premisa, en 1898 se dedicó a elaborar sus teorías sobre sexualidad infantil, predisposición a las varias psiconeurosis y formación del carácter.

A juicio de Jones, la contribución más importante de Freud al campo de la psicopatología entre el 1890 y el 1896 fué el aquilatar la significación de la "defensa" que manifiesta el yo consciente contra ideas dolorosas en demasía para ser sustentadas. Si una idea es insustentable por dolorosa, pavorosa, repugnante o antiestética deberá aparecer el conflicto mental, se reprimirá la idea pasando a lo inconsciente, se convertirá en complejo y desde su nueva capa mental producirá cualquiera de los síndromes característicos de las psiconeurosis, a condición de que también concurren otros factores.

También teorizó Freud sobre la oposición de los pacientes

a reinstalar en la mente consciente los recuerdos olvidados por dolorosos, oposición que él llamó “resistencia”. Esta misma resistencia, pensó él, sería la que echaba de la mente consciente para la inconsciente las ideas psíquicamente dolorosas, vergonzosas o pavorosas. A este expulsar de la mente fué que Freud llamó inicialmente “defensa” y pronto lo red denominó “represión”, el término preferido hoy. El “complejo” sería una idea cargada de emoción dentro de lo inconsciente y capaz de causar, en el caso de la histeria, y a virtud del mecanismo de la conversión, síntomas neuróticos de naturaleza somática tales como parálisis, anestias, ceguera, mutismo, anosmia, etc. O la idea reprimida podría desplazarse en otras ideas como ocurre en el caso de las obsesiones típicas de la neurosis obsesiva.

Por un período de cuatro años Freud sustentó la teoría del traumatismo, en el sentido estático en que lo usaba Charcot. Luego substituyó el concepto estático por otro dinámico. El traumatismo ahora pasa a ser un aumento en la excitación del sistema nervioso, excitación de la cual éste no había podido deshacerse por medio de reacciones motrices. “El ataque histérico puede quizás considerarse como una tentativa de completar la reacción al traumatismo”, apunta Freud. La presunción es que en la histeria hay deseos e impulsos de los cuales el paciente se cree responsable. Y al reconocer tal hecho el paciente quiere reprimirlos a voluntad. Es claro por qué la nueva concepción del término “traumatismo” no es meramente la experiencia original espantosa, vergonzosa, psíquicamente dolorosa. Ni siquiera es el mero recuerdo de ella. Esta nueva concepción del traumatismo equivale a un sistema nervioso excitado, debido en parte a la experiencia original espantosa, vergonzosa o psíquicamente dolorosa, pero también en parte causada por el esfuerzo de la conciencia responsabilizadora que pugna por reprimir deseos e impulsos.

El fin de la represión contra la idea dolorosa es despojarla de su afecto. Esto se consigue desviando la energía del afecto por canales somáticos, lo cual produce los síntomas neuróticos. Este despojar la idea de su afecto y recanalizar este último por vías anatómicas es el mecanismo de la “conversión”. En el caso

de un sujeto que no está predispuesto a convertir la energía del afecto en síntomas neuróticos, la defensa contra (represión de) la idea dolorosa hace que el afecto se desplace de dicha idea hacia otra idea asociada indirectamente, una que es más aceptable a la conciencia y que viene a estar cargada de una cantidad considerable de afecto. Esto último constituye el mecanismo de la obsesión que ocurre en la neurosis obsesiva.

Un fin acariciado por Freud y generalmente desconocido fué que ambicionaba incorporar sus hipótesis y teorías —Jones las llama “descubrimientos”— a la psicopatología para luego desarrollarlas en una psicología normal pero a manera de una nueva ciencia que él llamaría metapsicología. “Psicología de lo profundo” llamó el eminente psiquiatra alemán Bleuler al psicoanálisis de Freud. Si las hipótesis y teorías de Freud, a las que llama Jones “descubrimientos”, son en realidad descubrimientos de leyes psicobiológicas o estrictamente psicológicas, como opinan algunos, es algo que a estas horas ya debiera haber determinado la desapasionada crítica médica o la crítica psicológica. El método casuístico, el clínico y el experimental, entre otros, debieran constituir las técnicas para evaluar la validez científica de las generalizaciones de Freud. Estamos pensando en procedimientos como los que se resumen en *Survey of Objective Studies of Psychoanalytic Concepts* (1943) por R. R. Sears. Hoy por hoy el psicoanálisis está demasiado dividido en ortodoxos y cismáticos (neofreudianos), empezando por las “escuelas” que fundaron los dos ex discípulos de Freud: Adler y Jung. Cuando Freud, entre cientos de generalizaciones osadas, aunque con algún fundamento de observación, nos dice: “Los actos fallidos no son casualidades, sino importantes actos psíquicos que tienen su sentido y deben su génesis a la acción conjunta, o quizá mejor dicho, a la oposición de dos intenciones diferentes”, a los que tenemos un cerebro que piensa no nos queda sino una de tres posiciones que adoptar: 1a. Combatir dicha hipótesis sistemáticamente hasta lo último, lo cual no sería sensato; 2a. Aceptarla ciegamente, lo cual también sería insensato; y 3a. Dejar el juicio en suspenso hasta tanto se disponga de adecuada evidencia para considerar la hipótesis válida. La tercera es nuestra posi-

ción ante las numerosas hipótesis y teorías —“descubrimientos” para Jones— que aún no han sido comprobadas con evidencia razonable. No nos oponemos, sin embargo, a que se usen con fines discursivos, y hasta que se les dé uso práctico y se deriven de ellas implicaciones lógicas. A lo que nos oponemos es a que se les considere leyes cuando no pasan de ser hipótesis o a lo sumo teorías. Claro que la medicina no es una ciencia exacta como con razón ha dicho el Dr. Hillman, Decano de nuestra escuela médica; pero por el hecho de que aceptemos como una premisa inconcusa que la medicina no es ciencia exacta no debemos admitir las meras conjeturas y las verdades a medias como si fueran verdades comprobadas.

Una vez preguntó Jones a Freud cuáles eran sus obras favoritas. Levantando la diestra hacia los estantes escogió Freud *La interpretación de los sueños* y *Tres ensayos sobre la teoría de la sexualidad* y se las mostró expresándole: “Parece que mi destino no es descubrir solamente lo obvio: que los niños tienen sentimientos (“feelings”) sexuales, hecho que cualquiera ya conoce; y que los sueños (nocturnos) son tan realizadores de deseos como lo son los ensueños (sueños diurnos)”. En esas palabras sintetizaba las esencias de sus dos libros favoritos, los únicos que revisó varias veces para luego darlos a la estampa en nuevas ediciones.

Es en *La interpretación de los sueños* que Freud expone su teoría sobre la mente. El sueño es la manera como la psique reacciona a los estímulos que actúan sobre ella durante el estado onírico. Los sueños tienen dos componentes: uno manifiesto y otro latente. Esta reacción de la psique al estímulo constituye parte del contenido de los sueños, pero los sueños no reproducen meramente el estímulo, sino que lo elaboran, juegan con él, lo sitúan en una sucesión de relaciones, es decir, lo substituyen con otra cosa. Parecerá claro que aunque el estímulo externo —por ejemplo, un alfiler que nos hinca levemente mientras dormimos— puede iniciar la serie de asociaciones-alucinaciones que constituyen el sueño, la elaboración del contenido latente— el argumento, su significado y motivación— es función del deseo reprimido, o sea el complejo.

La mente posee dos capas, esferas, niveles o componentes —que de todas estas maneras se les ha designado por unos u otros—: *la mente consciente*, aquella que hace que nos demos cuenta de nuestras experiencias. La consciencia (“consciousness”) —con *sc*— es un órgano sensorial para la percepción de las cualidades psíquicas (Freud debe ser el único que la llama “órgano sensorial”). A la vida consciente —una finalidad cardinal de la educación— no le daba mucha importancia Freud cuando decía que aquellas partes de nuestra vida mental que son conscientes son meramente partes y actos aislados de la vida psíquica total. ¿No equivale esto a concebir el hombre como ente irresponsable? La *mente subconsciente* —término que no satisfacía a Freud— la constituyen *lo preconsciente* y *lo inconsciente*. *Lo preconsciente* se forma de aquellas experiencias o actos nuestros de los cuales no estamos plenamente conscientes para que le podamos prestar atención, pero que tras un empeño razonable lograríamos darnos cuenta de ellos. En la vida diaria mientras nos concentramos en tareas diferentes y simultáneamente nos aprieta un zapato, el sudor corre por nuestra frente, el calor exprime nuestras glándulas exocrinas, o los ruidos se agolpan en nuestros tímpanos, puede suceder que en determinados momentos, de algunos de dichos estímulos, por lo menos, no nos demos cuenta. Bastará que el estímulo, cualquiera de los mencionados, persista en aguijonear nuestro sensorio para que estemos conscientes de él y le prestemos atención. La *mente inconsciente* o *lo inconsciente* —como se prefiere llamarla— la constituyen todos aquellos actos, procesos, motivos, actitudes, sentimientos, en una palabra, reacciones, de las cuales (o de su causa) no nos damos cuenta al momento de ocurrir, razón por la cual no podemos inhibirlas salvo si estamos adiestrados en el autoanálisis y procedemos a analizarlas. Estos actos ocurren involuntariamente. En una proporción indeterminada de casos nos venimos a dar cuenta de ella luego de ocurrir la reacción inconsciente. Ejemplos: los actos fallidos, *lapsus linguae* y *lapsus calami*; muchos olvidos; los tics; los síntomas de las psiconeurosis y probablemente de las psicosis (locuras), las anestias, las parálisis, los sueños, los actos de sonambulismo, la

actuación hipnótica y la posthipnótica, los ensueños, etc. En un caso de neurosis obsesiva (*psicastenia* de Janet) una madre implora a un policía que le impida lanzar su hijo al río, compulsión que ella no podría dominar, aunque se daba cuenta de que aquélla comenzaba a impulsarla hacia el crimen.

La personalidad para Freud la constituyen tres entidades: una impulsivamente instintiva, *el ello* (en alemán *das Es*, en latín, *id*); el *yo consciente*, especie de capitán de la nave; y el *superyó*, equivalente a la conciencia en el sentido de capacidad para discernir el bien del mal. El yo actuaría a veces como un coordinador entre el ello impulsivo y el superyó asesor. El superyó o la conciencia —ha dicho Anna Freud glosando a su padre— no es más que la sucesora de la voz paterna —y de los maestros y ministros de las religiones, agregaríamos nosotros— con la única diferencia de que en lugar de hacerse oír desde fuera, actúa desde adentro. Al cabo del segundo o del tercer año da señales de existir el *superyó* o la *conciencia*. El ello biológico y el yo social conviven en constante lucha. De ahí los conflictos mentales que al gestar complejos abonan el terreno para las psiconeurosis. De ahí que nadie esté libre de por lo menos alguna de las consecuencias de éstas.

Por unos cinco años Freud aceptó la creencia corriente a la sazón de que los niños carecen de manifestaciones sexuales. Poco a poco fue desarrollando sus teorías sobre la sexualidad infantil. Es probable que su concepción sexual infantil madurara en el amanecer del siglo veinte. Para el año 1896 ya comenzaba a sospechar que “aun la edad de la niñez podría no estar sin excitaciones sexuales delicadas”, por supuesto, de naturaleza autoerótica. En el 1897 ya se interesaba en la base orgánica de las excitaciones infantiles. Las situaba en las regiones anal y oral, y se le ocurría que pudieran incluir toda la superficie del cuerpo. Las llamó *zonas erotogénicas* —“zonas erógenas” las llama el psicólogo J. B. Watson— para significar que eran regiones de alta sensibilidad como la boca, los genitales, las mamas, el ano, etc. Luego comenzó a concebir la teoría errónea de que la causa esencial de la histeria era una seducción sexual efectuada en una criatura inocente por algún adulto, general-

mente el padre. Durante cuatro años sostuvo esta hipótesis equivocada. Cuatro meses después intuyó Freud lo que Jones dice que es la verdad sobre el asunto: “que independientemente de los deseos incestuosos de padres hacia sus hijos, y aun de casos ocasionales de incesto, de lo que él tenía que ocuparse era de la ocurrencia general de deseos incestuosos de los hijos hacia los padres, particularmente de los del sexo opuesto”. Los deseos y las fantasías incestuosos se originarían entre los ocho y los doce años y deberían tener su génesis en la primera niñez. De aquí la mayor importancia que concede Freud a la sexualidad infantil por sobre la sexualidad prepúbera. “Por lo tanto, la pubertad, a la que durante tanto tiempo se consideró época de aparición del instinto sexual, sólo constituye un segundo brote de esa evolución que, iniciada en el nacimiento, se detiene al finalizar el primer período de la infancia y únicamente ahora alcanza su culminación”, dice Anna Freud.

Las excitaciones pregenitales, de la boca y el ano, fueron las primeras estimulaciones sexuales que Freud reconoció (1896-1897). Claro que éstas las consideraba excitaciones autoeróticas. Luego Freud propugna sus teorías sobre la *libido* en su sentido filosófico a la manera del *Eros* de Platón y del *élan vital* de Bergson, y también en el sentido biosexual. *La libido* es la energía con que opera el instinto sexual. Establece los períodos de desarrollo sexual —narcisista, polimorfo perverso, heterosexual, etc.— y describe las manifestaciones propias de la libido en cada uno de ellos. Las implicaciones pedagógicas (que el prejuicio antifreudiano excluye de muchos tratados psicopedagógicos) son numerosas. El lector interesado deberá leer *Introducción al psicoanálisis para educadores* (1948), de Anna Freud o *The Psychoanalytic Study of the Child* (1947), editado por la misma autora.

JUICIO

Es improbable que las otras biografías de Freud contengan el caudal de información sobre el pensamiento y la actuación del psicoanalista como la que hemos glosado. Jones las co-

noía y parece haber hecho un esfuerzo consciente por superarlas. Nadie en mejores condiciones que él.

Ocasionalmente resulta engorrosa la lectura debido a la insistencia del autor en acumular detalles tras detalles en sucesión prolongada. Ejemplo: "Por las primeras seis semanas vivió (en París) en el Hotel de la Paz, 5 Impasse Royer-Collard, un callejón sin salida de la calle Gay-Lussac; esto era en el Barrio Latino, a dos minutos del Panteón". Se preguntará cualquiera, ¿es imprescindible en las biografías de las celebridades narrar sucesiones interminables de detalles de escaso interés para el lector? Seguidor de la buena tradición inglesa se expresa en estilo límpido, sin embargo. La mente culta mediana capta el sentido con facilidad salvo donde la teoría glosada es abstrusa de por sí.

La parte del libro que más interesa al glosador es la historia completa del desarrollo de los conceptos, teorías y doctrinas psicoanalíticas de Freud. Ello constituye una descripción de cómo concibe y crea una mente genial. Pero el lector tiene que hacer un esfuerzo inusitado de búsqueda y organización para poder reconstruir un panorama mental del origen, dirección y desenvolvimiento de la ideología freudiana. La síntesis expuesta anteriormente en la cual hemos agregado por nuestra cuenta, nos costó largas horas de trabajo y no nos satisface. Jones debió dedicar cinco o seis capítulos exclusivamente a narrar minuciosamente el desarrollo del sistema freudiano, si deseaba que quedara en la mente del lector una síntesis bien integrada del pensamiento del biografiado. Pero el autor involucra, entre suceso y suceso de la vida privada o pública, retazos de su ideología, obstruyendo así la ilación y el sentido de continuidad. Aun en los capítulos dedicados a narrar el desarrollo de la teoría psicoanalítica no siempre logra dejar en el lector la síntesis bien integrada que todo estudiante maduro ansía.

¿Fué Freud el Darwin de la psicopatología? Ciertamente que no lo fué de la psicología filosófica, ni de la psicología general experimental, y ni siquiera de la psicología introspeccionista, aunque él se propuso escribir un sistema de psicología nor-

mal que a la larga sería una metapsicología luego que hubiera estructurado sus teorías psicopatológicas. Los precursores de una psicología general científica fueron otros. De lo que no abrigamos la menor duda es que Freud fué el genial precursor, el egregio descubridor y explorador de los procesos inconscientes. Fué el Wundt de la psicología de lo inconsciente. Podremos discrepar de él en cuanto a la excesiva importancia que le concede a la sexualidad infantil y lo inconsciente en la formación del carácter y en la determinación de la patología mental. No podrá disentirse, sin embargo, de su trascendental contribución a la psicología anormal, especialmente a la psicología de lo inconsciente, y a la psicopatología. Si esto último le amerita para que se le califique como el Darwin de la psicopatología con preferencia a Janet, Charcot, Kraepelin, Bleuler y otros, es cuestión que deberán dilucidar la crítica médico-psiquiátrica o los historiadores de la psicopatología, la psiquiatría o la medicina, o los congresos de estas ciencias.

Que a nadie se le ocurra afirmar que Freud fué el descubridor de lo inconsciente como ente integral, pues su logro fué descubrir las maneras de manifestarse aquél. Fueron los filósofos von Hartmann y Herbart los que sentaron las bases filosóficas de lo inconsciente. Luego fué Freud quien comenzó a observar sus manifestaciones. Nadie tampoco ose aseverar que Freud fué el originador del concepto *libido*, aunque fué él quien lo denominó así y lo dotó de su actual significación. Platón hace más de veintidós siglos concibió y elaboró el concepto *Eros*, y más recientemente Bergson ideó el concepto *élan vital*. Probablemente Freud analizó ambas concepciones y se inspiró en ellas, antes de exponer la suya.

Dos meses después de la muerte de Freud, ocurrida en septiembre de 1939, *The American Journal of Sociology* se apresuraba a dar a la publicidad una edición dedicada casi totalmente a exponer la influencia de la ideología freudiana en el pensamiento moderno. Allí aparecen un artículo del ilustre sexólogo inglés Havellock Ellis sobre la influencia de Freud en las actitudes actuales hacia el sexo, donde dice que ningún otro precursor de la ciencia o el arte provocó reacciones tan fieras

mente opuestas como él; otro del gran psicoanalista A. A. Brill sobre el freudismo en los Estados Unidos; uno del Dr. Jelliffe sobre la influencia de Freud en la psiquiatría; otro del Dr. Zilboorg sobre la sociología y el método psicoanalítico; uno del sociólogo Burgess sobre la influencia de Freud en la sociología estadounidense; otro de Lasswell sobre la contribución de la entrevista intuitiva de Freud a las ciencias sociales; uno del Dr. Healy sobre la contribución psicoanalítica a la comprensión del tratamiento de los problemas de la conducta; otro del crítico literario Kenneth Burke sobre Freud y el análisis de la poesía, y uno de la Dra. Karen Horney quien afirma que mayormente debido al trabajo de precursor de Freud nuestro entendimiento de los procesos neuróticos ha progresado tanto que podemos reconocer expresiones neuróticas que anteriormente hubieran pasado inadvertidas. Jones, el biógrafo, se limita a historiar y no evalúa. Como complemento a la lectura de la biografía debería leerse el número del *Journal of Sociology* aludido para captar una apreciación más exacta de la talla intelectual de un hombre que amó, estudió, trabajó, curó, investigó y escribió.